

periscopio

**MEMORIA DE LA
CHICA AZUL**

© Pablo Gutiérrez, 2021

© Ed. Cast.: Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Kenrickmills y Ben White de Unsplash.com

1.^a edición, febrero 2021

ISBN: 978-84-683-5177-3
Depósito legal: B. 8395-2020
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PABLO GUTIÉRREZ

MEMORIA DE LA CHICA AZUL



edebé

Quince años. Beatriz tenía quince años, una lista interminable de problemas y el miedo grabado en el rostro. Nos conocimos en la sala de espera de la unidad de salud mental, parecíamos un par de alumnos revoltosos que aguardan en la puerta del despacho después de haber hecho una trastada.

Que yo acudiera a aquella consulta era algo normal, teniendo en cuenta de dónde venía, pero que una chica como Beatriz Uve tuviera que someterse a lo mismo parecía un disparate; o al menos es lo que pensaría cualquiera que echara un vistazo a esa carita de no haber roto nunca un plato, las manos posadas sobre las rodillas como una nena a la que sorprendieron saltándose las clases.

Área de psiquiatría infantil: el lugar tenía mala fama, un refugio para los casos perdidos, el último recurso de unos padres que ya no sabían qué hacer con sus hijos; nadie los llevaría allí si pudiera evitarlo, si no fuera una situación desesperada o si no lo hubiera ordenado un juez de menores. A pesar del estigma y de la leyenda negra, lo cierto es que la unidad solo era un ambulatorio, no más: ni experimentaban con nosotros, ni nos encadenaban con gri-

lletes, ni nos suministraban descargas eléctricas en una mazmorra. Desde la ventana se veían las puntas de los árboles, había muebles blancos y limpios, una enfermera que te recibía en el mostrador con una sonrisa como una tajada, y un doctor que te estrechaba la mano con camaradería; «me alegro de verte, chico, cómo te encuentras, tienes buen aspecto». El doctor era un buen hombre, bromeaba contigo y sinceramente se preocupaba por ti, pero tenía demasiados pacientes y poco tiempo para atenderte, nada de lo que dijera podía servirte de mucho. Él fingiría que conocía el tratamiento de tu enfermedad y tú fingirías que te curabas lentamente, así la comedia continuaba, y los asistentes sociales pensaban que estabas progresando.

A veces, para entretenernos y para cumplir con los requisitos oficiales, el doctor bostezaba y nos hacía rellenar largos cuestionarios, como si fueran crucigramas. «Dime: cuál es tu color favorito, qué quieres ser de mayor, qué superpoder elegirías si fueras un personaje de cómic; piénsalo, el vuelo veloz, el sentido arácnido, la telequinesia. Escribe aquí tu respuesta con buena letra y te contaré qué te pasa, es un método verificado, chaval».

Yo siempre contestaba lo mismo: la teletransportación, como Rondador Nocturno, el diablo acróbata de la Patrulla X, ahora me ves y ahora no me ves. Puede que no tuviera el carisma de Lobezno ni la omnipotencia de Jean Grey, pero Rondador era mi reflejo en el mundo de los cómics, un muchacho mutante a quien sus padres abandonaron y que se crio bajo la

carpa de un circo, exhibiendo sus rarezas y sus habilidades: yo mismo.

Teletransportación, para largarme cuando quisiera de donde quisiera.

Por ejemplo, de las clases del instituto si me obligaban a levantar la cabeza.

Y de la casa de acogida si me atosigaban.

Y de la consulta del doctor si acababa poniéndose pesado con sus preguntas.

Y mucho antes, cuando aún vivía con mis padres, largarme de la finca, de la tribu, de la caravana, de su pocilga.

Teletransportación, zzzzummm.

Un destello y a mil kilómetros de aquí.

Donde nadie pueda encontrarme si yo no quiero.

Seguro que a Beatriz le hacían la misma pregunta: «qué superpoder elegirías, qué heroína de Marvel...». Puede que ella no dijera nada (las manitas sobre las rodillas), pero yo sé que su predilecta sería Susan Storm, la Chica Invisible de los Cuatro Fantásticos que levantaba campos de fuerza a su alrededor; temible guerrera intergaláctica, aparentemente inofensiva.

Por eso se abrochaba la blusa hasta el cuello, y por eso llevaba manga larga incluso en verano, y una visera de los Knicks como escudo protector contra las miradas agresoras.

Beatriz jugaba al escondite con todos, también consigo misma, y hasta los niños locos de la unidad decían que era demasiado rara; «no te fíes, ten cuidado con ella».

Qué tiene que ocurrir dentro de la cabeza de un niño para que todo se rompa en pedazos, qué ocurría dentro de la mía, y qué sustancia, qué residuos, qué tinieblas se habían apropiado de la mente de Beatriz Uve.

Espejismos. Mi diagnóstico se resumía en una línea, era el prototipo de chico desamparado que no encajaba en ninguna parte y que sufría repentinos ataques de ira; nada que no pudiera tratarse con medicación, con terapia y con una buena familia de acogida.

El caso de Beatriz Worziack, en cambio, apuntaba hacia las palabras más feas de los manuales de psiquiatría: Beatriz oía voces, tenía sueños y alucinaciones que parecían reales, muy reales, y ni siquiera la visera de los Knicks lograba esconder el miedo.

Miedo a los espejismos y las visiones que la acababan.

Miedo a que no fuera cierto nada de lo que veía con sus ojos.

Y miedo a que sí lo fuera, y que acabara volviéndose loca de verdad y para siempre.

La gente piensa que los locos son tipos que llevan sombreros de papel y que se mean en los pantalones, tipos que hablan compulsivamente y que dejan los cigarrillos a medias, tipos gastados a los que la vida ya pasó por encima, que fantasean con conspiraciones, que te hablan al oído y que dicen que fueron abducidos por los extraterrestres. Lo que no sabe la gente

es que cualquiera puede caer en el mismo agujero, y que una mañana te levantas siendo un tío tan normal como cualquier otro y acabas pidiéndole ayuda a un desconocido porque ya no recuerdas dónde vives ni cómo te llamas.

Beatriz Worziack. La enfermera dijo con dificultad «Beatriz Worziack», y fue entonces, al levantarse y caminar hacia la puerta, cuando alcancé a ver en su nuca una onda azul.

Azul como laca brillante.

Como pintura metalizada.

Como la llama del gas.

No hay tintes ni cosméticos que puedan reproducir ese color de su cabello, azul fulgente que no desaparecía aunque cerraras los ojos, como cuando miras hacia un punto de luz y en los párpados flotan relámpagos, chispas, medusas; lo mismo.

Y no es que Beatriz fuera una chica moderna y atrevida, no es que hubiera decidido metamorfosearse en un personaje de ciencia ficción... Se trataba de otra cosa: era como si sobre la figura *real* de Beatriz Uve, sobre la Beatriz de carne y hueso, alguien hubiera rotulado una silueta, un añadido que no le correspondía.

Un aura.

Boquiabierto, no podía dejar de mirarla. Nadie podía hacerlo.

Estuvo en la consulta más tiempo del habitual, y al final se oyeron desde el interior un grito y un llanto

de mujer amargada. Las dos salieron, la madre con los ojos enrojecidos, la hija apretando los dientes. Pasaron junto a mí como si las empujara el viento, y se perdieron en el largo pasillo que llevaba al vestíbulo; se fueron, pero la centella azul permanecía.

Pobre Beatriz Worziack de quince años: aún pensaba que debía contarle todo, no tener secretos, hablar de sus sueños y de las voces que escuchaba. Después se acostumbraría a mentir y a contestar «nada, estoy bien» si le preguntaban «¿qué te pasa?», pero entonces no era más que una cría deseando que alguien la comprendiera y la arrojara. En eso, y también en lo de ser invisible y desear largarnos de aquí, éramos iguales.

Aristocracia. Por qué necesitaba tratamiento una chica como ella. Y por qué se pintaba el pelo de azul, por qué su madre lo consentía, qué gritos, qué mentiras se decían en aquella consulta. Beatriz era una de esas niñas que tienen el cuaderno ordenado, el horario escolar copiado a dos colores, todas las muñecas en su sitio aunque ya no jugara con ninguna. Pertenecía a la aristocracia de ese tipo de chicas por las que merecía la pena ir al colegio; puede que tuvieras suerte y el maestro te dijera «siéntate a su lado, a ver si aprendes algo, holgazán». Y daba igual que fueran bonitas o feas, daba igual que apartaran sus cosas y las colocaran como empalizada entre su mesa y la tuya. Cómo sostenían el lápiz, cómo alisaban las hojas del libro y

cómo cambiaban de color para subrayar los enunciados: bastaba con eso. Los ministerios, las empresas, los gobiernos del mundo, el poder absoluto tendría que residir en sus manos, perlas de la especie humana. Y ninguna de ellas debería pisar jamás la cloaca de los niños perdidos.

Porque la cloaca era para nosotros.

Los que ya no podíamos caer más bajo.

Los solitarios.

Los supervivientes.

Los que inevitablemente repetiríamos el molde de nuestros padres inadaptados, yonquis o manoseadores, los que necesitábamos un puñado de ansiolíticos para no arrancarle la nuez de un bocado al profesor de matemáticas.

Beatriz tenía una familia, un hogar propio, una madre joven y atractiva; su vida debería ser tan aburrida como la de cualquiera. No pintaba nada en aquella cloaca.

Corazón roto, qué cosas no funcionaron dentro de ti.

Qué errores, qué pequeñas tragedias.

Por qué mamá no te lavaba el pelo con lejía para que volvieras a ser *una persona normal*.

Una persona normal. Yo nunca lo he sido. Ni con cinco, ni con diez, ni con quince años. Y tampoco lo soy ahora, aunque me ponga camisa para ir al trabajo y lleve limpios los zapatos. Una persona normal no

piensa lo que yo pienso, ni guarda los recuerdos que yo guardo. Ni vio lo que yo vi.

Mi madre era alemana. Conoció a mi padre en Portugal durante un verano desordenado, verano de veinte años, furgonetas y acampadas. Así nació yo, del encuentro entre un joven español con ganas de pasarlo bien y una extranjera flaca que vivía en una caravana. Debieron de quererse rabiosamente para malvivir juntos de esa manera; tal vez me quisieran a mí al principio, no logro recordarlo. Sí que sé, porque me lo contaron, que durante los primeros años vivimos en una especie de finca comunitaria con otros niños y otras madres flacas, como si fuera una reserva india. Conservo recuerdos vagos de la playa, del desnudo, del frío en invierno, de la mala comida y del polvo que se levantaba en la explanada cuando soplaban el viento. Es un recuerdo sin sustancia que cubre el fondo de la memoria, como un tapiz abstracto, sin figuras. No logro verme durmiendo en una cama, un refugio, una esterilla. A veces me vienen imágenes inconexas, una colcha de hilo negro, una almohada llena de hormigas, un infiernillo eléctrico, una lata de conservas, pan, mantequilla, un niño que debo de ser yo y que espera en la puerta de una casa, cae la tarde y hace frío, el niño sigue esperando...

Nómadas. Algo tuvo que empujarnos hacia la frontera, un malentendido o un desacuerdo con otros miembros de la tribu, quizá. Abandonamos el campamento, dejamos atrás el polvo y la caravana, y languidecimos en un piso prestado de alguna ciudad del sur durante unos meses. Pero en una ciudad

no es tan fácil esconderse, hay ojos, hay bocas, no solo polvo y drogas. Los servicios sociales acabaron encontrándome, y se quedaron boquiabiertos al verme: de dónde había salido, yo era un verdadero niño salvaje, no tenía partida de nacimiento ni documento de identidad, nada, nunca había ido al colegio ni al médico, mi madre dio a luz sin ayuda de nadie como en una caverna de trogloditas, carecía de modales de ninguna clase, dudaron de si sería capaz de hablar y de entender lo que me decían.

«Cómo te llamas».

«Melitor», contesté con un raro acento que conservé durante mucho tiempo.

Al menos era así como me llamaban mis padres, y eso habría sido un motivo suficiente para que los encerraran de por vida. Melitor, qué par de desgraciados. Ni siquiera existía, no era un nombre alemán ni español ni nada. Seguramente quisieron llamarme Melitón o Merten o incluso Melchor, pero nunca estaban lo suficientemente sobrios para dar con la sílaba adecuada. Mi madre me llamaba Mel, si se daba cuenta de que yo andaba por allí. Recuerdo de ella algunas palabras en alemán, *verzögert*, *arschloeth*, y sus huesos, recuerdo sus huesos puntiagudos cuando me tomaba en brazos de mala gana, que se me clavaban en la piel como filos de tijeras. También recuerdo las broncas feroces de mi padre, figura borrosa en mi cabeza; cualquier cosa que yo hiciera le molestaba, como si tuviera grandes ocupaciones que no podía interrumpir para atender a un niño destartado.

Tan delgados, tan sucios y harapientos, siempre metidos en problemas con gente que venía a cobrar una deuda o a pelear por algo que le vendieron: al cabo los dos fueron encarcelados y escapé de sus garras, y solo volví a saber de ellos mucho más tarde, cuando ya quería olvidarlos para siempre.

Hay quien sobrevive a una guerra civil, a un naufragio o a un incendio. Yo sobreviví a mis padres, gran aventura. Con nueve años entré en la primera casa de acogida, y allí comenzaron a civilizarme; luego vinieron los asistentes, los tutores, los diagnósticos, las aulas específicas, los tratamientos, la medicación; y al final, Fran y Tere, que no eran mis padres y nunca fingieron serlo, no me atosigaron con abrazos y afectos fingidos, supieron aguantar en los peores momentos, resistieron.

Pero basta, no más recuerdos de ese clase.

Recordar no sirve.

Recordar la oscuridad y lo que no tuviste no sirve de nada, es un ancla atrapada en un arrecife que acabará haciendo pedazos la nave; un autoengaño, una manera de lamer tus propias heridas. Basta.

Recordar a Uve y aquellos años, en cambio, recordar el tiempo que compartimos, recordar la luz azul que brillaba en la oscuridad de la casa que usurpamos..., eso es distinto, es un motor que me permite seguir en pie sabiendo que durante una época hicimos cosas memorables, nuestro amor extraño y clandestino. Juntos fuimos tan poderosos como Susan Storm y Rondador Nocturno, la alianza que nunca se produjo en las páginas del cómic. Aunque lo mío apenas fuera

una fantasía y lo suyo comenzara a parecerse a sus peores sueños.

Tenía trece años. El infierno de Beatriz comienza mucho antes de nuestro primer encuentro. Tiene trece años y el pelo negro como gato de bruja cuando sueña esto: sueña que se despierta sobresaltada.

Sueña que se sienta en la cama, en el pecho late un temor, la pesadilla antigua de pensar que alguien se esconde detrás de las cortinas.

Sueña que se pone en pie, enciende la luz.

Sueña que busca detrás de la puerta, en las cortinas, y no ve a nadie.

Sueña, al fin, que mira hacia su cama.

Y que sobre la cama, que debía estar vacía porque ella está de pie, se ve a sí misma, tan pequeña, durmiendo con placidez.

Entonces se despierta de veras y ya no sabe si sueña que lo hace o si lo hace sin sueño. Busca las zapatillas, enciende la luz, un pequeño calambre del interruptor le hace sentir que esta vez sí es de verdad. Sale de la habitación, tantea en el pasillo, entra en el baño a oscuras, palpa los azulejos, y en el espejo del baño,

ya sin dudar si duerme o si está despierta,
ve a una niña en pijama,
con todo el cabello bañado de color azul,
el azul más hermoso que haya visto jamás,
azul de profundo océano,

azul de estrella de cine,
azul de coche deportivo,
azul sobre su cabeza de niña buena que ni siquiera
se maquilla un poquito los labios y jamás se atrevería,
ni en sueños, a pintarse el pelo de ningún color.

Beatriz Worziack grita en mitad de la noche, y sus gritos despiertan a los vecinos, a la hermana, a mamá y a Pol, que acuden justo a tiempo para ver cómo la pequeña Beatriz se desmaya como una hoja de otoño, suave, sobre las baldosas.

Abre los ojos. Cuando abre los ojos, Beatriz se enfrenta a los de su madre, las cejas arrugadas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Tú dirás, ¿qué hacías en el baño? ¿Qué *te has hecho*?

—Yo no he hecho nada —contesta aturdida.

—¿¡Nada, NADA!?! —exclama y estira su cabello hasta poner un mechón delante de su nariz.

Los vecinos protestan, no son horas, se escuchan golpes en el tabique, las casas están hechas de papel. María no puede contener la rabia ni los gritos, da vueltas alrededor de su hija como un animal encerrado. Pol nunca le puso una mano encima, no era ese su papel en la nueva familia; «¿cómo ha podido hacer una cosa así esta niña, y a escondidas, de madrugada?».

—Beatriz... No..., no juegues con nosotros...

Busca en su mente alguna explicación. Le encantaría encontrar el momento en el que se viera a sí misma

abriendo un tubo de tinte para el pelo, decolorante, crema azul que extiende como engrudo sobre las raíces. Pero sabe que nada de eso ha pasado, sabe que anoche se fue a la cama como cada día. Y que en mitad de un sueño creyó verse dormida como si ella ya no fuera ella sino otra persona, eso lo recuerda bien. Y después caminó hasta el baño, encendió la luz y en el espejo vio ese color impuesto, no pintado, un color venido de algún sitio para posarse sobre su cabeza.

Beatriz jura: «Mamá, yo no he hecho nada».

María dice: «No mientas, por favor, no me mientas».

Pol aprieta las manos. Beatriz no es su hija natural, aunque le diera su apellido para borrar esa diferencia, y le cuesta situarse delante de ella con la autoridad de un padre severo que interviene en el conflicto. Retrocede, suspira, se contiene.

Berta, la hermana pequeña, ocho años, observa la escena sin atreverse a decir nada. Aún lleva uno de esos pijamas que le cubren los pies, ya no arrastra un osito pero tiene muchos en su cuarto, y contempla a su hermana con ojos alucinados.

Gritos. Beatriz no puede dejar de llorar, es imparables su llanto y difícil distinguir cuándo terminó el sueño y cuándo comenzó esa pesadilla tan extraña.

Así llega la mañana, sin que nadie consiga averiguar quién miente y quién dice la verdad, si es que existe una verdad para todo. María busca la bolsa del tinte en la basura, en la bañera, incluso dentro de la cisterna; necesita encontrar la prueba que acuse a su hija de un modo irrefutable.

—Te acordarás de esto —le dice—. Se acabaron las salidas, se acabaron los amigos, el dinero, todo.

Ojalá fuera así de sencillo. Ojalá Beatriz fuera una niña rebelde que primero se pinta el pelo y después planea hacerse agujeros y tatuajes. Ojalá la furia de María tuviera un motivo tan concreto y pudiera castigarla y someterla para que no volviera a hacerlo. Ojalá se tratara del juego de la tensión entre una niña inconformista y una madre represiva.

María ignoraba que una tempestad había comenzado a fraguarse en su familia, y que acabaría destruyéndolo todo.

Transcurrieron muchos días, muchos lavados de cabeza con amoníaco y vinagre, hasta que María se convenció de que algo raro pasaba. Pidió cita en un dermatólogo, cita urgente, y le prohibió a su hija que se moviera de casa hasta entonces, ni siquiera para ir al instituto. «Así no vas a ninguna parte», le dijo. «No quiero que se rían de ti, ni de mí por dejar que te hicieras esto. Dirán *vaya madre tonta tiene la niña*, me pones en ridículo, ¿eso querías?».

—¡Mamá! —protestaba Beatriz—, yo no hice nada, te juro que no...

Quedó recluida como en una prisión. Las mañanas pasaban lentas y aburridas, evitando a María, a Pol y los espejos.

Por la noche, regresaban los sueños.

Soñaba que se veía a sí misma en el pretil de la ventana, como si quisiera echar a volar.

Soñaba con un océano azul, olas de tormenta, relámpagos y electricidad.

Y a veces soñaba sin ninguna imagen, voces sin color sobre un fondo negro, voces que hablaban en un idioma desconocido, que no callaban y que en mitad de la noche zumbaban y crepitaban como las cigarras en verano. Quién no se volvería loco.

Pol. Pol llegó cuando Beatriz ya no era una mocosa. Parecía un buen hombre, en todos los sentidos. Grande, guapo, rubio, extranjero; era polaco y no le resultó difícil que lo contrataran de peón de obra, hombre serio y formal que aprendía rápido y no se quejaba de las horas ni del sueldo. Una tarde vio a María a través de los cristales del bazar y quedó prendado. Entró con cualquier excusa y dijo algunas palabras en ese español de los recién llegados que resulta amable como una promesa. A María le hizo gracia, tan distinto y tan perdido; así empezó todo.

Beatriz enseguida se dio cuenta de lo que ocurría, pero no fue el caso de la niña triste que protesta porque mamá tiene un novio nuevo y le hace la vida imposible, en absoluto: Pol no venía a sustituir a nadie, sino a ocupar un vacío.

Un vacío que se saturó con la llegada de Berta, rubia, sonrosada, perfecta, muñeca articulada que Beatriz llevaba en brazos de un lado a otro. Se querían las hermanas, las medio hermanas se querían a rabiar. Familia tan hermosa, excursiones al campo, días de playa, demasiadas horas de trabajo y complicados

cálculos para cuidar de las niñas sin dejar de lado ninguna cosa. Pero felices, los cuatro. Ni siquiera la llegada de la adolescencia pudo borrar eso.

No miente. No hace frío, y aun así Beatriz se esconde dentro de una cazadora y un gorro de lana, tan pálida y sin ningún mechón a la vista, arrastrándose por los pasillos.

—Mi hija se ha hecho una cosa horrible, doctor.

Beatriz ya no tiene ganas de protestar ni de decir «yo no fui».

—Quítatelo —ordena la madre. Y se descubre, dejando caer sobre sus hombros ondas azules como una marejada—. Y encima —siguió María—, encima se atreve a jurarme que el pelo se le puso así solo.

El doctor, fascinado por el resplandor radiactivo del cabello de Beatriz Worziack, se levanta de la silla.

—Déjame que vea —dice, y con las manos palpa el cuero cabelludo, lo examina.

Después le pide que se siente cerca de una lupa con un brazo articulado. El doctor mira a través de la lupa, murmura alguna cosa, agarra unas pinzas, «solo será un momento», y arranca algunos cabellos que hacen que Beatriz se lamente como un corderito. Vuelve a la mesa, saca del cajón otra lupa de detective y afirma con una sonrisa:

—La niña no miente.